

por nosotros ofrezcan los vivos; pero si son graves, no hay que esperar remisión despues de la muerte. Tengamos, pues, durante la vida tal cuidado de nuestra alma, que no fundemos nuestra salvación sobre las ofrendas que se hagan por nosotros despues de la muerte.

TOMA DE JERUSALEM POR COSROES Y OMAR. ESTADO DE LOS MONASTERIOS DE LA PALESTINA Y MUERTE DE SAN SOFRONIO ¹.

Habiendo sido muerto el emperador Mauricio juntamente con sus hijos por orden de Focas que le sucedió, tomaron los persas pretexto para vengar su muerte y romper la paz. Pero habiendo sido á su vez cortadas á Focas las manos y la cabeza por Heraclio, que ocupó su trono, los persas, conducidos por su rey Cosroes, tomaron á Edesa y Apamea en el primer año de su reinado, y en los siguientes continuaron sus conquistas. En el quinto año, ó sea en 614, en el mes de Junio, se hicieron dueños de la Palestina y de Jerusalem. La toma de esta ciudad fué seguida de muchas desgracias: se dió muerte á muchos millares de clérigos, monjes, religiosos y vírgenes: las iglesias fueron saqueadas, profanadas y quemadas: arrebataron la verdadera Cruz: el patriarca Zacarías fué llevado cautivo con una gran parte del pueblo, y lo que es aún más horroroso, los judíos compraron á muchos de estos cautivos para tener la cruel satisfacción de matarlos en odio á Jesucristo,

¹ Antioco, los Bolandistas. Bibliot. PP.

llegando á noventa mil el número de víctimas inmoladas á su furor.

Al mismo tiempo los sarracenos hicieron escursiones por el pais, ejerciendo en él grandes crueldades. Uno de ellos atacó, seis ú ocho dias ántes de la toma de Jerusalem, la laura de san Sabas. Tenemos la relación de este hecho en una carta que el venerable Antioco, de quién pronto hablaremos, escribió á Eustaquio, abad del monasterio de Galacio. Dice que una semana antes de que fuese tomada la Ciudad santa, vinieron los bárbaros á la laura, que abandonó la mayor parte de los religiosos; pero otros, que por una larga y generosa aplicación á la virtud habian aprendido á despreciar la vida presente, para no aspirar más que á la eterna, no quisieron dejar sus celdas, y se prepararon á sufrir con paciencia las amenazas del furor sarraceno.

Entraron estos bárbaros en el monasterio sin encontrar resistencia, y saquearon la iglesia: pasaron en seguida á las celdas, y pidieron á los religiosos el dinero, creyendo que lo tuviesen oculto. Durante muchos dias los atormentaron despiadadamente, para obligarles á que les descubriesen sus tesoros; pero viendo frustradas sus esperanzas, se llenaron de furor y les dieron muerte cruelísima. Hablando de estos mártires Estéban el Sabaita, dice que los bárbaros les fueron cortando á unos en pos de otros todos sus miembros sobre una piedra, y que por esta razón se conservaba esta piedra, y era tenida en gran veneración. Antioco ha omitido esta circunstancia, que no es esencial; pero lo que importa mucho más es conocer la santidad de estos ilustres religiosos, que la consumaron con este glorioso triunfo: pues como dice Antioco, por más que nos esforcemos, nunca podremos alabar suficientemente su mérito. Eran verdaderamente hombres divinos, si pueden llamarse hombres los que llevaban una vida más angélica que humana.

Habían abrazado la vida monástica desde su juventud y envejecido en los ejercicios espirituales, de modo que eran más respetables por sus virtudes que por su ancianidad. Se distinguían por su humildad y modestia : eran sinceros, irreprehensibles en su conducta, justos, piadosos, alejados de todo vicio, adornados de bienes espirituales y sobre todo ricos en amor divino. Algunos no habían salido del monasterio hacía cincuenta ó sesenta años, y muchos de ellos no habían visto la ciudad desde que entraron en el monasterio. Practicaban, por último, tan perfectamente la piedad, que no se sabía, si llamarles hombres celestiales ó ángeles terrenos. De esta manera fueron encontrados dignos de una muerte tan gloriosa, y la sufrieron con un gozo tan grande, que se reflejaba en sus semblantes, pues desde hacía mucho tiempo deseaban unirse á Jesucristo, y en este momento le daban gracias, porque se dignaba llamarles á sí por medio del martirio.

Sus cuerpos, ó más bien sus miembros cortados en trozos, permanecieron muchos días sin recibir sepultura, hasta que volvieron los religiosos que habían huido á la Arabia. Es de creer que Antioco fuese del número de estos. Uno de ellos, llamado Nicodemo, cayó desfallecido al ver este trágico espectáculo.

El abad Modesto les había precedido, y recorrido todo el monasterio para reconocer el estado en que se hallaba : besó religiosamente los sagrados despojos de estos santos mártires, regándolos con sus lágrimas, y habiéndolos reunido y lavado, los depositó en el sepulcro de sus Padres, haciendo sobre ellos las preces acostumbradas. Despues levantando la voz, exclamó con el profeta Isaías y el Sabio : *El justo perece, y no hay quien lo recapacite en su corazón, y los hombres misericordiosos son recogidos, porque no hay quien entienda : pues recogido es el justo por causa*

*de la malicia*¹. *Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no les tocará tormento de muerte. Pareció á los ojos de los insensatos que morían, y la salida de ellos fué reputada aflixión. Y el viaje que hacen desde nosotros, exterminio : más ellos están en paz. Y si delante de los hombres padecieron tormentos, su esperanza llena está de inmortalidad. Vejados en pocas cosas, en muchas les será retribuido : porque Dios los tentó, y los encontró dignos de sí. Probólos como el oro en la hornilla, y recibiólos como ofrenda de holocausto, y á su tiempo se tendrá cuenta de ellos. Resplandecerán los justos, y como centellas en el cañaveral discurrirán. Juzgarán las naciones, señorearán á los pueblos, y reinará el Señor de ellos por siempre. Los que confían en él entenderán la verdad, y los fieles en el amor descansarán en él, porque el don y la paz es para los escogidos*².

Cuarenta y cuatro fué el número de estos santos mártires, y la Iglesia hace memoria de ellos en el Martirologio, el 16 de mayo.

Despues que el abad Modesto les tributó los honores de la sepultura, exhortó á los monjes á que no dejasen la laura, sino que sufriesen animosamente las persecuciones, acordándose de estas palabras de Jesucristo : *La puerta del cielo es estrecha así como el camino que á él conduce*, y estas otras del Apostol : *Es preciso pasar por muchas tribulaciones para llegar al reino de los cielos*. Todos siguieron este consejo ; pero dos meses despues, habiendo temores de una nueva invasión, se refugiaron en el monasterio de Anastasio, que distaba una legua de Jerusalem, en el cual nadie habitaba entónces, y en donde permanecieron cerca de dos años. Habiéndoles exhortado nuévemente el abad

¹ Is. LVII, 1.

² Sap. III, 1-9.

Modesto á que volviesen á su laura hubo muchos que lo hicieron inmediatamente ; pero algunos otros, rétenidos por el temor de los sarracenos, volvieron más tarde, y otros, por último, ménos animosos, permanecieron en el monasterio de Anastasio bajo la dirección del abad Justino.

La laura de san Sabas tuvo por superior al venerable Tomás, que, habiéndose encerrado, como dice Antioco en la carta citada, desde su juventud en una celda, adquirió un gran fondo de doctrina y de piedad, de modo que los monjes que tenía bajo su dirección le miraban como un don que, en su misericordia, les había dispensado la divina Providencia. En efecto, por más que había vivido durante mucho tiempo en el más absoluto silencio, no por eso dejó de manifestarse en extremo dulce y afable para con los religiosos, cuando se le confió su gobierno. Por una parte estaba lleno de caridad y de compasión para todos, y los consolaba en sus trabajos ; mientras que por otra vigilaba severamente por la observancia regular, siendo siempre el primero que asistía á todos los ejercicios, animando á los demás con su ejemplo, todo lo cual hacía resaltar su humildad. De esta manera llegó la laura al más floreciente estado, y aumentó muy considerablemente el número de sus discípulos.

Puede considerarse como efecto de su buen gobierno la edificante disciplina que reinó en ella ; y que se conservó á pesar de la desgracia de aquellos tiempos, siendo de admirar que, aún cuando los musulmanes se hicieron dueños de aquella provincia, no dejó de dar grandes hombres á la Iglesia la comunidad de san Sabas ; pues los cuarenta mártires de que hemos hablado no fueron los únicos que la laura de este Santo envió al cielo ; sino que hubo otros muchos que imitaron su valor y alcanzaron no ménos glorioso triunfo. Pero cómo esto ocurrió á fines del siglo oc-

tavo, y nuestra historia no se remonta á esta época, pueden verse las actas de estos mártires en los continuadores de Bolando, dia veinte de marzo, así como en la vida de san Juan Damasceno, y de su sobrino san Estéban, que contribuyeron á la celebridad de esta laura, como puede verse en los mismos Bolandos, dia seis de mayo y diecinueve de julio.

El abad Modesto, de que hemos hablado, era superior del monasterio de san Teodosio. Los griegos, que le incluyen en el número de los santos, dicen que su padre padeció por la fé bajo el emperador Maximiliano ; pero es un error manifiesto, pues le han confundido con otro Santo del mismo nombre. Añaden que se crió en casa de un monedero de Atenas, y que los hijos de este, llenos de envidia, lo llevaron á Egipto, en donde lo vendieron como esclavo, y que, después de la muerte de su señor, pasó á Jerusalem y más tarde al monte Sinai. Pero todo esto es dudoso.

Preciso es, por lo tanto, acudir á fuentes más puras. La carta, efectivamente, del venerable Antioco, autor contemporáneo y testigo ocular, es un documento más seguro, y éste lo representa como un hombre lleno de celo y dotado de una santidad eminente. Gobernó la iglesia de Jerusalem en ausencia del patriarca Zacarías, é hizo en ella cosas increíbles. Su solicitud no se extendía sólomente á todos los monasterios y religiosos de esta vasta diócesis, lo cual hizo con tanta caridad, que, confiesa Antioco, que aún cuando estaban rodeados por las tropas de los Persas y Sarracenos, gozaban, merced á sus cuidados, de reposo y tranquilidad en sus soledades.

Pero lo que no puede comprenderse y es mucho más admirable, como hace notar el cardenal Baronio, es que un modesto abad encontrase medios para restaurar las iglesias del Calvario, de la Resurrección, de la santa Cruz y de la Ascensión, que habían sido quemadas por los Persas. Esta

última en particular tuvo que edificarse desde los cimientos, y se llamaba madre de todas las iglesias.

En estas empresas de tanta importancia fué ayudado por san Juan el Limosnero, que fué más tarde patriarca de Alejandría, en donde hacía prodigios de caridad con sus increíbles larguezas en favor de los pobres fugitivos, que se habían acogido á su ciudad, despues que fueron despojados por los Persas. Este Santo le envió mil piezas de oro, mil sacos de trigo, mil de legumbres, mil libras de hierro, mil paquetes de peces en conserva, mil barriles de vino y mil obreros egipcios, juntamente con una carta en que le rogaba que le perdonase el no enviarle donativos dignos de las iglesias de Jesucristo, añadiendo que hubiera deseado contribuir con su trabajo personal á la reedificación de la iglesia de la Resurrección.

Siroes, hijo de Cosroes, y que le sucedió despues de hacer morir á su padre en una prisión, hizo la paz con el emperador Heraclio, mediante la devolución del madero sacrosanto de la cruz, juntamente con todos los cristianos que estaban cautivos en Persia; y dió libertad al patriarca Zacarías, que había sufrido catorce años de cautividad. El abad Modesto continuó trabajando bajo sus órdenes, y por su muerte ocupó su silla; pero no gobernó esta diócesis más que tres años, muriendo á fines del 632. Tal era el abad Modesto, y tales los trabajos que realizó en Jerusalem, en donde durante la cautividad de su sucesor sirvió de apoyo y de consuelo á los fieles de esta provincia en las desgracias que experimentaron, y por los cuales se le dió el título de Zorobabel de su tiempo, por haber reparado los templos consagrados al Señor.

El abad Justino se hizo también digno de los más grandes elogios en el gobierno de la numerosa comunidad que formó en el monasterio de Anastasio, llamado así del nombre de su fundador, que fué al mismo tiempo su primer abad.

El venerable Antioco no dá á Justino otro nombre que el de santísimo abad. Dice que vivió muchos años en la laura de san Sabas, en la que vistió el hábito monástico, y en la que, por la grande estimación que adquirió con su rigurosa observancia y con la práctica de todas las virtudes, se le consideró digno del sacerdocio. Habiéndose retirado al monasterio de Anastasio, se le agregó un número muy considerable de solitarios, á los cuales hizo observar con exactitud las reglas y usos de la laura de san Sabas. Como se había identificado con el espíritu de este Santo, su gobierno fué uno de los más sabios, y por su celo floreció en tal grado la disciplina monástica en su comunidad, que hubiera costado mucho trabajo encontrar en la Palestina y en otros países otra mejor regulada que la suya. El número de sus discípulos fué también muy considerable, y en constante aumento. Por último, dice Antioco, no se podía considerar el estado floreciente de su monasterio sin sentir el corazón lleno de consuelo.

Entre otros discípulos tuvo al célebre mártir de Persia san Anastasio, cuyas actas daremos en compendio, pudiendo verse más extensamente en las diferentes colecciones de vidas de los Santos. Fué éste natural de Razech, en Persia, y se llamaba Magundat ántes de ser bautizado. Su padre, que ejercía la profesión de mago, le instruyó en este arte diabólico; pero habiendo sido llevado á Persia el madero santo de la Cruz por Cosroes, quiso saber la causa de que los cristianos lo tuviesen en tanta veneración, y no consiguió otra cosa que concebir el pensamiento de abrazar la fé cristiana. Hasta entónces se había ocupado en el ejercicio de las armas, pero las dejó para retirarse á Hira-plia.

Un cristiano que en esta ciudad trabajaba en la moneda, le admitió en su casa, y le enseñó su arte. Le llevaba frecuentemente á las iglesias, en donde, considerando

las pinturas que las ornamentaban, se fijaba especialmente en las que representaban el combate de los mártires, que llamaba extraordinariamente su atención, lo cual era como un presagio de que un día había de compartir con ellos la gloria del triunfo.

Pasó en seguida á Jerusalem, y se hospedó en la casa de otro monedero, á quien declaró su deseo de hacerse cristiano, y el que le presentó á un santo sacerdote llamado Elías, que á su vez lo hizo al abad Modesto, vicario á la sazón de la silla de Jerusalem. Fué bautizado juntamente con otro persa, que sufrió el martirio en Edesa; cambiando su nombre por el de Anastasio. Permanció una semana al lado de Elías, que lo miraba como a hijo espiritual; pero habiendo manifestado á este que deseaba renunciar enteramente al mundo, dejó el hábito blanco que durante ocho días llevaban los recién bautizados, y se encaminó al monasterio del abad Justino, que le cortó el cabello, y le vistió el hábito monástico.

Aprendió la lengua griega y el salterio, y se le destinó á diferentes oficios principalmente á la cocina y al huerto. Esto no impedía que se aplicase con suma atención al oficio, así como á la lectura de los Libros sagrados y de las vidas de los Santos; pero manifestaba siempre una especial predilección por la de los mártires, que encendían en su alma el santo ardor de sufrir como ellos.

El demonio se esforzó por entorpecer sus piadosos progresos, trayéndole á la memoria las palabras de encantamiento que había aprendido de su padre. Esto le turbaba y afligía; pero habiendo manifestado al abad la causa de sus amarguras, fué librado de ellas por sus oraciones y por las de la comunidad.

El Señor que le destinaba al martirio, le dió á conocer en un sueño que muy pronto bebería su caliz, lo cual comunicó al abad Justino, diciéndole que muy pronto mo-

riría. Esta revelación aumentó aún más su deseo de padecer por Jesucristo: así que despues de fortalecerse con los consejos de su abad, asistió al oficio, recibió la sagrada Comunión, comió con la comunidad, y partió para Cesarea de Palestina, en donde pasó dos días en la iglesia de la santísima Virgen.

Hallábase esta ciudad en poder de los persas, y habiéndole encontrado algunos caballeros, dijeron entre sí en lengua persa: Este es un espía y traidor. Respondióles en el mismo lenguaje: No soy lo que creéis, sino un cristiano. Entónces uno de los oficiales lo detuvo, y lo presentó á Marzabán, gobernador de Cesarea.

Interrogándole éste, y encontrándole firme en la confesion de Jesucristo, le hizo conducir á la prisión del castillo, en donde se le cargó de grandes piedras, y se le encadenó con otro prisionero. Algunos persas de su provincia vinieron entonces á insultarle, acusándole de que deshonoraba á su país, dando de esta manera principio los combates que debía sufrir.

Se le hizo comparecer de nuevo á presencia de Marzabán, quién, viéndole constante, le hizo azotar. Quisieron atarle los verdugos, pero él les dijo que no era necesario; solamente les pidió que le quitasen su hábito monástico, para que no fuese profanado, y dijo á Marzabán que este hábito que despreciaba era precisamente lo que constituía su mayor gloria.

Fué enviado nuevamente á la prisión, en donde oraba día y noche al Señor, cuidando de no inquietar al que con él estaba encadenado.

Su abad, que tuvo noticias de esta primera victoria, mandó que se hiciesen oraciones en comunidad, para alcanzarle la gracia de la perseverancia, y con dos de sus religiosos le envió una carta para animarle. También era consolado durante la noche con la visita de algunos án-